

Editorial

Aun antes de que la Cámara de Diputados de la República de Nicaragua, en 1903, por decreto erigiera a Bluefields en ciudad, ésta tenía ya tiempos de haberse ganado méritos como tal, si se entiende la palabra ciudad en el sentido que era utilizada por los griegos y los romanos, para distinguir sus poblaciones importantes; y por los españoles, para calificar el asentamiento que iba más allá de un villorrio. Seguramente que algunos ancianos y jóvenes que existieron en la fecha en que se otorgó esta distinción, más bien deben haberse sentido nostálgicos por el recuerdo de los tiempos en que Bluefields era verdaderamente una metrópolis de la corona miskita en la costa caribe del istmo centroamericano, y por el perfil victoriano que alcanzaron sus casas y sus edificios públicos, cuya madera había comenzado a ser devorada sin remedio a partir de 1894.

Desde su denominación, en 1605 –cuando era un sitio habitado por indígenas, y del cual partían los piratas con sus barcos ya carenados y los miskitos del lugar reclutados, hacia sus razzas por el Caribe–, hasta la fecha de su admisión como ciudad, podemos decir que a Bluefields le habían sobrado méritos históricos importantes para acompañar esta dignidad. El protectorado político de Inglaterra, iniciado a partir de 1740, y el posterior incremento de sus colonos de Jamaica y Belice a la Costa de Mosquitos aceleraron el desarrollo social, económico y edilicio de la ciudad, al punto de convertir a Bluefields en una de las típicas poblaciones importantes de la colonización sajona en el Caribe, con su propia historia, su estilo victoriano y sus humedecidos y brillantes colores tropicales. Atestiguan este desarrollo, la gran cantidad de periódicos, establecimientos comerciales, clubes, asociaciones y movimientos religiosos, sociales y políticos, que proliferaron hasta las primeras décadas del siglo XX.

En esta edición de Wani dedicada a Bluefields hemos integrado un texto histórico, cuyo autor es el senador Horacio Hodgson, el cual fue pronunciado ante el Senado en Managua en 1935. Este Memorial ilustra las causas principales del decrecimiento económico, social y político de La Costa, y consecuentemente de su cabecera departamental, Bluefields, a partir de la incorporación de la Mosquitia a la república nicaragüense. La mayor parte de las denuncias del senador Hodgson, hasta la fecha de esta edición, continúa siendo la cartilla elemental de los factores que detienen este desarrollo: desconocimientos territoriales, destructiva explotación de los recursos naturales, usufructo de los impuestos y apropiación del excedentes que han generado los rubros de exportación originados en La Costa, y de los cuales se han beneficiado principalmente las compañías extranjeras, agentes económicos extra-regionales, el gobierno central y un reducido número de políticos vinculados al aparato estatal.

Por otro lado, en lo que respecta a la estética edilicia de Bluefields es necesario resaltar el importante legado que aportó la localidad a la arquitectura y al patrimonio histórico y cultural de la nación, con su sola incorporación al territorio nicaragüense hace ya más de cien años. En este sentido es cierto que el uso del cemento como material básico de construcción ha desplazado a la madera preciosa que es el material por excelencia para dar a las construcciones el tradicional sello victoriano. Sin embargo, a pesar de esto y del huracán Juana que destruyó la ciudad, en octubre de 1988, el estilo no ha logrado diluirse y prevalece en el renacimiento de esta urbe y en sus modernas construcciones que se levantan a la par de gentes de costumbres ancestrales, que sin duda enriquecen el patrimonio cultural del país.

Con este número de Wani, la revista del Caribe nicaragüense, el CIDCA-UCA se une a la celebración centenaria de esta antigua ciudad.

